

CONDE DE LOS ANDES

LA OPINION PUBLICA

Anales de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, núm. 50, 1974

La opinión pública

por el Académico de número

Excmo. Sr. CONDE DE LOS ANDES (*)

Enlazando, en cierto modo, con una disertación mía ante vosotros, hace dos años, sobre algunos complejos que condicionan la política del mundo actual, voy hoy también a discurrir, levemente, sobre una palabra de indiscutible trascendencia en la vida social, económica y política.

Se trata de la palabra opinión pública. Opinión a secas, es una palabra de modesta significación. La opinión individual tendrá el crédito de la autoridad de la persona que la sustente. Si la opinión es de una colectividad, merecerá sin duda mayor estimación que la opinión individual, pero también su categoría estará en relación con la importancia y méritos de la institución que la mantenga.

Pero cuando a la palabra opinión se le añade el adjetivo de pública, cobrará tal importancia sustantiva que se erigirá en módulo de conducta, en magisterio de costumbres y en determinante de una política de gobierno.

Ocurre, que la palabra opinión implica una cierta inseguridad de juicio.

Si alguien nos dice: "esta es mi opinión" nos convencerán poco sus palabras. Sin embargo, si cuando nos habla añade que se trata de su criterio y de su convicción, la afirmación adquiere mayor dignidad, peso y credibilidad. Esto es quizá así porque la opinión individual es

(*) Disertación en junta del martes, 9 de enero de 1973.

por su propia naturaleza tan versátil como el hombre, sujeto a la influencia de la moda o a la impresión de las circunstancias momentáneas.

Pero si en vez de tratarse de la opinión a secas, se trata de la opinión pública, el adjetivo tiene tan trascendente importancia, que a esta opinión se doblagan todos, aun cuando se la juzgue absurda.

Sorprendente metamorfosis que transforma a una palabra despulsada en fórmula mágica, tan atractiva que impulsa al sometimiento.

Hoy día la opinión pública lleva aneja un poder soberano, más eficaz que antiguamente el derecho divino de los Reyes.

Las democracias políticas proclaman su servidumbre a la opinión pública. La prensa, la radio, la televisión la cultivan y la halagan, intentando dirigirla, modificarla y transformarla en beneficio propio. Hace temblar a los gobiernos y la política, la vida social y la económica, sujetas a su dominio, acaban por hacer leyes que reflejan su imperio incoercible.

La opinión pública nace como fuerza cuando los medios de comunicación se multiplican. Solamente entonces el conjunto de las opiniones individuales pueden conocerse entre sí, unirse y propagarse. Su poder empieza con el descubrimiento de la imprenta; y los medios audio-visuales de difusión modernos han centuplicado su fuerza.

Pero la opinión pública, pocas veces es espontánea. En estas raras ocasiones, también obedece al impulso de una minoría rectora, o de un hombre privilegiado que sepa recoger las opiniones análogas latentes en los grupos sociales.

En los tiempos actuales la opinión pública se forma desde arriba, tanto más cuanto que los medios de difusión de las ideas están cada vez más en poder de los gobiernos.

Cuando no están en poder de los gobiernos por completo, siempre resultará que aquéllos ejercerán alguna clase de control. La prensa independiente, no gubernamental, estará sometida a la dirección de un grupo de presión económico o sindical. Pero en definitiva la opinión pública será siempre refleja de unos sectores sociales.

El fenómeno moderno de la opinión pública es que se la ha erigido en categoría de razón, que ha venido a sustituir la fe religiosa otrora tan arraigada en los pueblos.

Aquí está la gravedad de la omnipotencia de la opinión pública en los tiempos que corren. Porque la opinión pública, tal como hoy la conocemos, tiene un carácter universal, del que carecía hasta hace poco. Este hecho se ha producido por dos razones fundamentales. De una

parte, naturalmente, por el desarrollo de los medios de difusión y de comunicación; de otra, la debilidad progresiva de la fe religiosa y la disminución de todos los valores espirituales que eran como un dique que enmarcaban una forma de pensar y de sentir fundamentales, indiscutibles.

Aceptaré la definición de Santo Tomás, sobre la opinión, diciendo: "Que es un acto del entendimiento que se inclina hacia una de dos contradictorias, con temor de la otra".

La suma de opiniones individuales no supone, por lo tanto, el acierto ni la verdad. Pero también es evidente que tienen más valor normalmente muchas opiniones unánimes que una sola.

Cuando he dicho que en la actualidad la opinión pública se erige en dogma social de reconocimiento universal, es porque han dejado de tener vigencia valores morales y espirituales que antes no eran controvertidos. Por eso la opinión pública se manifestará como el contraste entre varios pareceres y en proclividades de distinta tendencia.

He empleado insensiblemente unos términos que serían gratísimos al gobierno. Sin embargo, las ligeras consecuencias que deduciré de este breve discurso, acaso no serán tan concordantes.

Por que la opinión pública, cuando se manifestaba dentro de las naciones de la Cristiandad, no se producía desafiando con sus criterios y razones los principios fundamentales del orden social.

La institución familiar y el principio de autoridad, contra las cuales la opinión pública se manifiesta hoy día abiertamente, no eran imaginables hace un par de décadas.

Por ejemplo, la opinión pública, muy generalizada en el mundo actual, sobre la licitud del aborto, que repugna a muchos, y naturalmente rechaza la moral cristiana, sin embargo, es una parte de la opinión pública que precisamente tiene audiencia porque es una expresión de aquélla.

La opinión pública es la expresión de la cantidad porque el ser humano tiene una proclividad innata hacia la fuerza del número.

La conducta de la mayoría es norma que escuda la nuestra. "Todo el mundo lo hace", son las palabras de protesta del joven ante la represión paterna, sobre tal o cual laxitud en sus costumbres.

Únicamente los hombres avisados y reflexivos no se doblegarán ante las corrientes de opinión, si las creen falsas.

Es lógico que el ignorante impensante, refuerce su escepticismo y su duda, respaldándose con el criterio ajeno numeroso.

Estamos considerando ahora la opinión sobre grandes cuestiones de orden moral y social, que la quiebra de las creencias religiosas ha hecho posible.

La opinión pública tenía, antes de los tiempos actuales, una expresión más limitada. Pocas veces llegará a traspasar las fronteras ni dominará al mundo, como sucede ahora.

La opinión pública se manifiesta cuando el Cristianismo reivindica los derechos de la persona humana y defiende las limitaciones del poder público.

Pero esta opinión pública, manifestada a través de las moderaciones orgánicas y sociales, se reducía al ámbito del municipio, de la ciudad o de la Nación.

Expresará deseos naturales y concretos de los grupos sociales. Se manifestará sobre cuestiones concretas, limitadas, en las que el sentido común natural era el determinante del objeto perseguido.

El sentido común es una manifestación natural del ser, íntimamente ligado a su naturaleza humana, a su familia, a su patria, a su Iglesia.

Los griegos reconocían, admirablemente, el sentido del sentido común, con perdón del pleonasma. El precepto “conócete a ti mismo”, grabado en el templo de Delfos, impulsa al hombre a conocer sus limitaciones; si por ventura un audaz traspasaba esos límites, los dioses le castigaban inmediatamente con la locura.

La enajenación implica que el hombre está desprovisto de su razón, cuyo cauce está marcado por un encadenamiento al mundo real.

Su encarnación tiene una ambivalencia biológica y espiritual al mismo tiempo. El hombre está predestinado por unas vivencias propias y heredadas.

El sentido común está, por lo tanto, en la intersección del alma y del cuerpo. Se pueden experimentar sensaciones sin que la inteligencia medite sobre ellas, pero no se puede encauzar el sentido común, si la inteligencia no se compenetra con la experiencia sensible.

El vuelo del juicio está, como he recordado, frenado por la tradición. Esta llamada del pasado puede anquilosar el progreso, pero su ruptura total lleva al desvarío en que se mueve el hombre moderno.

El sentido común nos arrancará la exclamación espontánea ante un lienzo cubierto de manchas que pretenda categoría artística, diciendo: “Esto no tiene sentido”.

Pero la inteligencia, movida al discernimiento por incitaciones de autoridad o de meditación, puede después emitir un juicio distinto, fruto del raciocinio.

El hombre con sentido común tendrá, sobre todo, la preocupación de la medida que será la que le evitará desviaciones, a las que le llevaría la fantasía propia o las incitaciones ajenas.

Santa Teresa de Jesús nos dio la norma con sus palabras: “Establezcamos de una vez que lo que nos cautiva, al punto de hacernos perder la razón, debe ser descartado como sospechoso”.

Para terminar esta digresión sobre el sentido común, convendrá decir que si se ha debilitado en los tiempos que corren, débese, precisamente, a que opera por una inteligencia desligada de su relación con el mundo sensible, y de los contornos sociales naturales que enmarcan la vida humana. Los ha sustituido por modelos artificiales, elucubraciones elaboradas por la actividad autónoma del espíritu.

Esta ha sido la consecuencia del racionalismo revolucionario que hizo explosión en la revolución francesa y ha llegado a sus naturales consecuencias después.

Michelet, en el prólogo de su *Historia de la Revolución Francesa*, lo define así: “El siglo dieciocho, cimienta la libertad en la liberación del espíritu, hasta entonces ligado al cuerpo, ligado por el principio material de la doble encarnación teológica y política, sacerdotal y real”.

La esencia del nacionalismo es la proclamación de la autonomía radical de la razón humana, en relación con el cuerpo que la sujeta y del sentido común que los une. El nacionalismo es una insurrección contra el sentido común, en cuanto éste indica, a los distintos componentes de la naturaleza humana encarnada, la finalidad interna recíproca, cuanto que dirige el conocimiento y la acción del hombre hacia un fin externo, adecuado a sus posibilidades.

Resumiendo. En el hombre moderno, lo abstracto expulsa, cada vez más, lo concreto.

Así la opinión pública se nutre de estas quimeras abstractas que se derraman por todas partes, con una eficacia propagandística extraordinaria, gracias a los medios de comunicación de la prensa, de la radio y de la televisión.

Esta opinión pública universal de individuos desarraigados, privados del contacto natural con los cuadros y grupos sociales naturales de la vida social, y desprovistos de minorías rectoras que las dirijan y encaucen, viene a ser lo que Paul Valery llama “la multiplicación de los solos”.

Resulta así muy cierta la frase de Chesterton: “Loco no es el hombre que ha perdido la razón, sino el que ha perdido todo, menos la razón”.

¿Quiere decir esto que por el mero hecho de ser la opinión pública expresión de grupos poco numerosos es más legítima y respetable?

Sostener esto, así enunciado, no puede defenderse. Pero sí parece evidente que una opinión sobre unos fines a conseguir, escogiendo los medios más idóneos para lograrlo, será más juiciosa enmarcada por un juicio nacional y lógico, contemplado con más eminencia y mayor sosiego, será más valedero que las manifestaciones de las cosas, inorgánicas y sentimentales, por su propia naturaleza.

En la sociedad de masas triunfa siempre la información deformada sobre la información escueta: “Lo imaginario triunfa siempre sobre lo real en la sociedad contemporánea”. Marcel de Conte ha podido llegar a esta conclusión porque el hombre tiende siempre a aferrarse a una ilusión, a un mito, a una utopía que le resuelva sin esfuerzo sus problemas.

La propaganda fílmica ha acentuado esta tendencia porque la representación visual suscita en el hombre una manera nueva de vivir y de ser.

La masa no podrá tener nunca una opinión clara, porque la claridad consiste en hacer conocer las cosas una a una y a no utilizar más que un sólo sentido a la vez, al no efectuar sino una sola operación mental, lo cual sólo es posible con la meditación.

Por eso es un contrasentido elevar a categoría de razón a la opinión pública, supuestamente expresión del número. Naturalmente las masas se suponen en posesión de la verdad, y la opinión pública se erige en dogma porque llevamos casi dos siglos de reiterada propaganda sobre el mito de la soberanía popular.

La opinión pública es como un “bumerang”, que pasando por encima de las masas, vuelve a los que le han lanzado.

Pueden ser unos grupos sociales o puede ser un gobierno.

La fórmula “el pueblo lo quiere”, “la opinión pública lo pide”, es un talismán mágico que mueve al sentimiento sumiso.

La veleidad de la opinión pública, en cuanto tiene de auténtica, se ha manifestado a lo largo de la Historia repetidas veces.

El cuento popular sobre el comentario extranjero ante la manifestación de entusiasta monarquismo, cuando entró Alfonso XII en Madrid, es una anécdota que viene al caso. “¡Qué monarquismo tan fervoroso!”, dijo el espectador foráneo. “¡Bah —contestó el castizo madrileño—, pues esto no es nada para lo que gritamos cuando echamos a madre!”

Pero hay en la formación de la opinión pública un elemento soterrado que influye por encima de la dirección que le viene de arriba y le da impulso. Es el sustrato tradicional del sentir histórico del pueblo y de los usos, de las costumbres, de lo que podríamos llamar la inercia del tiempo.

También acudiremos aquí al recuerdo anecdótico, aunque no sea más que por distraer algo la atención de los Señores Académicos de estas consideraciones acaso un tanto fastidiosas.

La imagen del revolucionario incendiario que entra en las iglesias para quemarlas, durante la segunda república española, que a pesar de llevar la tea en la mano, se quita el sombrero con inconsciente reverencia.

Porque resulta, como dice Ortega y Gasset, "que vivimos desde que vemos la luz, sumergidos en un océano de usos, que éstos son la primera y más fuerte realidad con que nos encontramos", son nuestro contorno y ellas las delimitan, y a través de ellas vemos la sociedad en que vivimos.

La opinión pública se nutre de estas opiniones reinantes y también la conforman, pero tampoco son constantes, y su versatilidad es tanta como aquélla.

Cuando la opinión pública se manifiesta unida a los sentimientos más puros de amor a la patria, suele llamarse más bien espíritu público, aunque Demóstenes hablara ya de que existe una voz pública de la patria que sería traducible en nuestro tiempo por espíritu público.

La opinión pública es clamorosa y se alimenta de opiniones y de excitantes fuertes. Entonces llega a veces a ser casi unánime, cuando están en juego intereses nacionales vitales. Pero desdeña el futuro, y su preocupación es lo inmediato.

Así el clamoroso patriotismo español el año 98, con motivo de la guerra de Cuba, que se tradujo en una opinión pública ciega y arrolladora, con manifestaciones populares en las que el orgullo español prevaleció sobre la sensatez y la información adecuada.

Entonces, se tomó a la opinión pública por árbitro y su clamor tuvo fuerza decisoria. "Los que en modo alguno querían la guerra se vieron obligados a aceptarla como hecho consumado", escribió el historiador Melchor Fernández Almagro.

Está fuera de lugar extenderme en comentarios sobre el desastre español. Lo único que importa subrayar aquí es que una vez más sufrimos las consecuencias de tomar por árbitro a la opinión pública.

En una ocasión pedirá clemencia, en otra castigo inexorable. No es posible cambiar la naturaleza humana, por eso lo importante es mantener las sabias precauciones que las sociedades civilizadas han sabido adoptar para prevenir estos errores.

Las decisiones inteligentes, en política internacional, contradicen los sentimientos de la opinión pública muchas veces.

El caso histórico más notorio es la política del cambio de alianzas intentado por el rey de Francia en vísperas de la Revolución francesa. La impopularidad de Austria era extraordinaria en los medios franceses, que se creían bien informados. Sin embargo, la Historia ha dado la razón a la política monárquica del sistema de "renversement des alliances".

Un Jefe de Gobierno, desde su situación eminente, debe saber mejor las conveniencias de la alta política que la opinión pública de la masa.

Pero tampoco es posible obrar desentendiéndose de ella. La misión del jefe político debe ser guiarla, dirigirla, conformarla, convencerla y hacerla creer que ella es la inspiradora, cuando en realidad sucede todo lo contrario. El gobernante debe lanzar el "bumerang".

El designio maquiavélico que se supone en Roosevelt, cuando permitió el ataque de Pearl Harbour, para lograr una aquiescencia popular a la necesidad norteamericana de entrar en la segunda guerra mundial, se presta a reflexión muy seria.

Demuestra, en todo caso, que para gobernar es necesario el asentimiento público. Este asentimiento se consigue con una participación ciudadana adecuada y una representación auténtica.

Precisamente porque la erección de la opinión pública, como categoría de razón, es un hecho lamentable de los tiempos que corren, importa todavía más que existan opiniones autorizadas sobre los asuntos públicos, que creen esas fuerzas de opinión orientadoras, necesarias para mantener el orden. El orden social bien entendido, que no es igual que el orden material. El orden-armonía, que es el nombre social de la belleza.

Si así no sucede, ante el vacío de una sociedad sin grupos políticos naturales o artificiales, lo que imperará será la masa, el vacío y un gobierno ausente de opinión pública que se asentará puramente en la fuerza.

El poder político es, en definitiva, un poder espiritual. Un poder, por lo tanto, que necesitará un sistema de ideas sobre el gobierno y dirección de los asuntos públicos. No es concebible admitir que la única

habilidad del Estado sea la de alimentar a unos hombres robots y construirles unos caminos maravillosos para que circulen.

El fin del Estado es el hombre permanente, no el hombre robot.

Sin opiniones, la vida de los hombres carecería de arquitectura. No sería orgánica.

Como los hombres carecen en general de opinión, es menester que ésta les sea suministrada desde arriba. Por el Gobierno, por supuesto también, justificando su política por la defensa de sus postulados. Pero esta opinión pública marginal del Gobierno deberá entrar, como el lubricante en las máquinas, inspirada por los hombres con vocación política que se reúnan y asocien para crear esta opinión pública y propagarla.

Vuelvo aquí a repetir conceptos expuestos ante Vosotros en otra ocasión.

La desorganización de la sociedad actual exige unos cuerpos políticos entre el individuo y el Estado, donde, entre otras cosas, se elaboren opiniones políticas y sirvan de cauce a la participación y representación.

Precisamente la necesidad de estas asociaciones políticas es tanto más obvia cuanto que existe una opinión pública universal, tumultuosa y desordenada.

Este monstruo de la opinión pública tiene que ser combatido por núcleos de formación de opinión pública.

Serán tanto mejores, cuanto más se ajusten a las necesidades circundantes, al ambiente y a la historia. Serán peores cuando sean menos solidarios del pasado y tengan menos en cuenta las enseñanzas de la Historia y la naturaleza de los hombres.

Su necesidad no tiene nada que ver con el origen y la distribución de los poderes políticos.

Defender la existencia de asociaciones políticas no contradice en absoluto, para mi manera de sentir, la necesaria insumisión del gobierno a los órganos de representación.

No puede subsistir sociedad sin gobierno. Pero, a la larga, tampoco puede existir gobierno sin sociedad. Cuanto más compleja es ésta, más rigurosamente se imponen las condiciones de independencia, de unidad y de continuidad.

La organización natural de la sociedad está hoy día, desgraciadamente, muy gravemente resquebrajada. La familia, en primer término; todos los cuerpos intermedios, después.

El macrourbanismo, la explosión demográfica, son factores de descomposición social de una parte, y de otra provocan una concentración de poder en el Estado, fatal, pero pernicioso.

Todo ello aconseja creación y fortalecimiento de lo que yo he llamado en otro lugar, los cuerpos intermedios artificiales.

La propaganda generadora de la opinión pública está, más o menos, en manos del Estado, en casi todas partes, a través de la radio y la televisión.

Los medios visuales son mucho más incidentes y eficaces que la letra escrita. Es curioso recordar, que una de las razones por las cuales se extendió tanto la propaganda de la leyenda negra antiespañola fueron los grabados de Bry. Estas torpes y malévolas estampas de los españoles quemando indios y matando niños, acompañaron la publicación por Frankfurt de la "Brevísima relación" del P. Las Casas, año 1598, y constituyó el más formidable instrumento para extender la leyenda negra en el mundo anglosajón.

En el mundo actual la responsabilidad de la televisión y su posibilidad de deformar la opinión pública son excepcionales. Frente a la omnipotencia del Estado, si no se agrupan los hombres, incitados por altos deberes morales y políticos, para influir en sus conciudadanos, no existirá otra oposición que la plutocracia.

Bertrand de Jouvenel, denomina uno de los capítulos de su obra *Poder* con el sugestivo título: "El poder, agresor del orden social". "Para el Estado —dice— los obstáculos son todos los mandos fuera del suyo". El Estado no solamente tiene tendencia niveladora cuando es democrático. "El poder es nivelador mientras es Estado y porque es Estado. La nivelación no necesita estar en su programa, está en su destino. Disminuye, cuando no destruye, las corporaciones sociales, como el oso en busca de la miel destruye las células de las colmenas".

No puedo terminar sin señalar que la confusión de las palabras y el empleo de frases tendenciosas contribuye a deformar la opinión pública.

¡Cuántos desaciertos pueden derivarse del empleo injustificado de las palabras! Se rodea de simpatía y elasticidad una palabra, y, "tendenciosamente", como dice el escritor brasileño Correa de Oliveira, "comienza a refulgir con brillo nuevo y fascinante". Lo cual acontece incluso con palabras cuyo pristino significado es excelente.

Por el contrario, existen palabras con noble sentido, como corresponde a su significación habitual e incluso a su origen semántico, que la técnica revolucionaria va lentamente desvirtuando para marcarlas

con sello infamante. Ejemplo de lo primero la palabra "socialista". Ejemplo de lo segundo, el vocablo "reaccionario".

Además, con las palabras y las frases, sucede como en la Ley de Gresham en Economía. Aquí, como todos los Académicos saben, la moneda mala expulsa a la buena. Con las palabras ocurre algo parecido. La acepción mala acaba desterrando a la buena.

Las minorías rectoras de la sociedad, las intelectuales principalmente, tienen influencia decisiva en la dirección y formación de la opinión pública.

Su influencia no ha desaparecido. El relieve de un nombre intelectual tiene un fulgor que irradia prestigio.

El mundo moderno y sus condiciones de vida, decía con razón nuestro compañero Leopoldo-Eulogia Palacios, hacen imposible la existencia de familias rectoras.

Pero los individuos buscarán siempre amparo a su escepticismo y a su indigencia moral y material, siguiendo el camino que les marquen los astros.